

# LA UNICA MUERTE DE JOAQUIN MAURIN

Don Luis Portela responde en este trabajo a algunas de las preguntas que se hace Francis Bonamusa en el trabajo sobre la vida y muerte de Joaquín Maurín (TRIUNFO, núm. 583). La verdad de los hechos no está, como es lógico, al alcance de la Redacción de TRIUNFO. Por ello publicamos el trabajo de don Luis Portela que arroja nueva luz —no sabemos si definitiva— sobre los avatares de Maurín a partir de la guerra.

## LUIS PORTELA

**E**N el artículo «La segunda muerte de Joaquín Maurín», publicado en TRIUNFO del 1 de diciembre, Francis Bonamusa, el autor, formula una serie de preguntas que, aunque no haya sido ese su propósito, rodean de sospechas la figura del viejo militante obrero recientemente fallecido.

Sorprende que Bonamusa, autor de un libro aún no aparecido sobre los orígenes del Bloque Obrero o Campesino, no haya estudiado más a fondo la vida del más destacado de sus hombres. Por otra parte, no le habría sido difícil a Bonamusa obtener de viejos compañeros de lucha de Maurín, y a los que él conoce personalmente, datos suficientes para hallar respuesta a las preguntas que se hace a sí mismo.

A Maurín le sorprendió, en efecto, el estallido de la guerra civil en Galicia. Se había trasladado a Santiago para asistir a una conferencia en la que debían participar delegados de las muy modestas fuerzas del POUM en aquella región. Fue aquel viaje un gran error suyo y de todos los hombres que con él dirigían el partido en aquellos momentos y que Maurín y el POUM pagaron muy caro. Aquel congresillo podía esperar; la guerra civil no esperó, y Maurín se encontró aislado de la organización de la que era secretario general y la personalidad de más relieve, la más prestigiosa y con mayor autoridad y a la que representaba en el Parlamento de la República.

El POUM se halló, por su parte, en difícil postura: en un momento crucial de la Historia de España, Maurín estaba ausente de la escena política y no se podía decir públicamente por qué, pues revelar dónde se encontraba el 18 de julio era tanto como delatarlo.

El 19 de julio, Maurín marcha a La Coruña, visita al gobernador civil, que no sabe nada de nada, no ha recibido ni información ni

instrucciones de Madrid, y se instala en una pensión con un nombre que no es el suyo; ya no tiene posibilidad de retornar a Barcelona. Su esposa, Juana, había marchado algunos días antes a París para ver a sus padres y se había llevado con ella al pequeño Mario, que contaba entonces unos ocho años de edad. Desde La Coruña, Maurín pudo escribir algunas líneas discretas a su esposa. Y se puso en contacto con el cónsul de Francia tratando de hallar ayuda para salir de España a bordo de un barco francés. Pero el representante consular de la República Francesa no siente ninguna simpatía hacia la República Española, y si no delata a Maurín, tampoco le presta apoyo alguno. Así pasó dos meses en La Coruña. Había salido de Barcelona el 16 de julio con doscientas pesetas en el bolsillo; en las pocas horas que pasó en Madrid estuvo en el Congreso y cobró las mil pesetas que tenían asignadas entonces los diputados. Sus recursos se iban mermando alarmantemente y decidió llegar por su cuenta a la frontera francesa. Después de haber bordeado las provincias del Norte de España, mediado septiembre se encontraba en la de Huesca, que él conocía, pues había nacido en Bonansa, un pueblecito aragonés situado en la raya de límite y en el que se habla catalán. Se dirigió hacia Panticosa. En la carretera que lleva al balneario topó con una pareja de la Guardia Civil, a la que inspiró sospechas. Detenido, fue conducido a la prisión de Jaca, donde permaneció un año, siempre con nombre falso. A nadie confió durante este año de encarcamiento su verdadera identidad.

Un día, su esposa recibe en París una tarjeta en la que Maurín ha escrito estas palabras: «En este momento te recuerdo más que nunca». Se interpreta este laconico mensaje como un adiós. Y se llega a la conclusión de que Maurín ha muerto. El POUM lanza la noticia. Se suce-

no comunista”

un paraíso, dificultades”

y don Andrés Nin, liberal de la sala van máscara dogmática de ve y pone en actividad olímpico. Se nos asusta cotidiana con cierta idea es voluminosa de el fervor del «ca» que a veces, ante tanta: ma «munista» er Dios!



Joaquín Maurín (abajo): el misterio en torno a su vida a partir de la guerra parece aclarado en parte. Arriba, Andrés Nin.

den artículos y discursos necrológicos, en muchos pueblos y ciudades de Cataluña se rotula con su nombre alguna calle, son innumerables y todos muy sinceramente sentidos los homenajes que se rinden al hombre al que se cree desaparecido. Pero Maurín hace llegar de nuevo noticias suyas a su esposa. ¡No ha muerto! Juana informa a los directivos del POUM y es preciso hacer marcha atrás. Se juzga que hay que hacer de nuevo el silencio en torno a Maurín, cuya vida sigue estando en peligro.

Quien tenga la ocasión y la curiosidad de repasar colecciones de periódicos de la zona republicana encontrará con frecuencia en los partes de guerra del verano de 1937 estas o parecidas palabras: «Han llegado a nuestras líneas del frente de Aragón... expulsados de la zona enemiga». Efectivamente, hubo un tiempo en que el capitán general de la V Región se desembarazó de gentes detenidas por sospechosas de no ser afectas a su causa, brindándoles una de estas tres opciones: ser conducidos hasta

# JOAQUIN MAURIN

la frontera y permitirles que se internasen en Francia, ser llevados al frente y dejarles pasar a las líneas republicanas o ser puestas en libertad sin obligarles a salir de la zona regida por el general Franco.

Cuando ya llevaba un año encarcelado en Jaca, un funcionario anunció a Maurin que iba a ser puesto en libertad y le dio a escoger entre las tres opciones. Reaccionó Maurin como, sin duda, lo hicieron muchos: pensó que se trataba de hacer que cada uno descubriese sus verdaderos sentimientos y que optar por pasar a Francia o a las líneas republicanas podría conducir a caer en una emboscada. Manifestó que se quedaría en la zona en que se encontraba y que buscaría algún trabajo para poder subsistir. Se equivocó, evidentemente.

Fue puesto en libertad. La frontera no está lejos de Jaca y Maurin se decidió a intentar llegar a ella. Recorrió varios pueblos que no le eran desconocidos. Era obligado presentarse, al llegar a una población, a la autoridad local. A los cinco días de libertad llegó a Hecho. Se presentó, como estaba mandado. El funcionario que le recibió le reconoció rápidamente. Maurin sostuvo firmemente que el funcionario estaba en un error. Pero éste, que tenía buena memoria, le recordó que a comienzos de los años 20, cuando iba a ser detenido al salir de Correos, donde había recogido la correspondencia dirigida a determinado apartado, y para evitar que cayese en manos de la policía, echó a correr; los agentes dispararon y una bala le atravesó el muslo; la cicatriz que la herida había dejado confirmaría lo que él decía. Maurin no tuvo más remedio que identificarse. Inmediatamente reingresó en la cárcel de Jaca, esta vez con su verdadero nombre. Rápidamente se informó de su detención al capitán general de Aragón.

Pronto fue trasladado a Zaragoza en un coche, custodiado por una pareja de la Guardia Civil. En el trayecto, los ocupantes de un camión que de Zaragoza se dirigía a Jaca hicieron parar el vehículo. Echaron pie a tierra todos. Maurin fue obligado a esperar en la cuneta el desenlace del incidente. Los del camión iban precisamente a buscarle y pretendían que los guardias se lo entregasen. Estos se mantuvieron firmes; se habían hecho cargo del detenido en Jaca, habían firmado un documento en que así constaba y sólo lo entregarían en la Capitania General de Aragón, como se les había ordenado. La discusión duró una hora; finalmente, los del camión hubieron de ceder. En Zaragoza, Maurin ingresó en los calabozos de la Jefatura de Orden Público, donde había de permanecer tres meses. De vez en cuando pudo escribir algunas líneas a su esposa, que continuaba en París.

El capitán general, el auditor, el jefe de Orden Público y quizá

algún otro jefe u oficial se reunieron un día para acordar lo que iba a hacerse con Maurin. En principio procedía hacerlo comparecer ante un consejo de guerra. Alguien apuntó otra solución... Y alguno sugirió: «Maurin es diputado, quizá interese canjearlo. ¿Por qué no lo enviamos a Salamanca, a disposición del cuartel general del Generalísimo?». Se aceptó esta solución, y Maurin fue trasladado a la prisión de Salamanca. En ella se hallaba al terminar la guerra. Más tarde fue llevado al penal de Burgos.

Cuando los directivos del POUM supieron, a través de París, que Maurin estaba identificado, encargaron a su delegado en Valencia, José Buiria, un militante de Lérida, y al comité provincial del partido que informaran al presidente de las Cortes. En el palacio de la Lonja, sede entonces del Parlamento de la República, Martínez Barrio recibió a Buiria y a un militante de la organización de Valencia. En su presencia, el Pre-

sidente de las Cortes dictó dos telegramas, uno a la Cruz Roja Internacional y otro a la Unión Interparlamentaria, en que solicitaba su intervención. En opinión de Martínez Barrio, Maurin podía ser «un buen canje». Creía que después del trágico desenlace, entonces reciente, del canje concertado del diputado Florensa, de la Lliga —a quien los comisionados del POUM acababan de ver en los pasillos de la Lonja— por el diputado socialista Luis Ruffilanchas, cabía esperar que Maurin salvase su vida.

El canje no se efectuó. Puede asegurarse que alguien le puso el veto para no enfrentarse a los comunistas, a los que apoyaba y en los que se apoyaba.

En 1944, Maurin fue trasladado a la cárcel de Barcelona. Allí encontró a viejos amigos y compañeros del POUM y de otras organizaciones. Próximo ya a celebrarse el consejo de guerra que había de juzgarlo, Daniel Rebull, más conocido por su seudónimo de David Rey, le sugirió que es-

cribiese a Oscar Pérez Solís, a lo cual se negó, y Rebull, por su cuenta, escribió al antiguo comunista diciéndole simplemente que Maurin estaba en la cárcel de Barcelona en espera de comparecer ante un consejo de guerra. Pérez Solís se apresuró a escribir a Maurin. Le expresaba en su carta su alegría por saludarle en vida, pues pensaba que había muerto; le decía que no se trasladaba inmediatamente a Barcelona por estar su madre muy gravemente enferma, aunque de ser absolutamente necesario, emprendería el viaje, y anunciaba que dirigía al Tribunal una carta, que sería su testimonio en el proceso.

Oscar Pérez Solís, capitán de Artillería con destino en Valladolid, se había separado del Ejército en 1911 y hecho pública su afiliación al partido socialista, al que, de hecho, ya pertenecía. Escritor brillante y orador elocuente, pronto fue la figura más relevante del movimiento obrero vallisoletano, en el que figuraban hombres de gran valía. En 1917,

«La Batalla», organo periodístico del POUM, del que Maurin fue secretario general.

**REVOLUCION SOCIALISTA**

## La Batalla

**ES LA CONDICION INDISPENSABLE PARA LA VICTORIA**

**Ante una gran masa de trabajadores se descubrió la lápida que da el nombre de Maurin a una de las calles de Badalona**

Discursos de los camaradas Solano y Nin, Granell y Vallverdú en nombre de las camaradas que tomaron Monte Aragón

### Los conquistadores de Monte Aragón y Estrecho Quinto, en Barcelona

El domingo llegaron dos centurias de milicianos del P. O. U. M. para reponer efectivos. La multitud los recibió con un entusiasmo emocionado y desbordante

**El domingo llegaron los tres coches que componen la "Ambulancia Joaquín Maurin", que el Independent Labour Party envía a las milicias del P. O. U. M.**

La presencia de la ambulancia fue recibida con grandes aplausos por los trabajadores barceloneses

con anterioridad a la huelga general de agosto, se separó del partido, al que se reintegró algún tiempo después. Más tarde hubo de salir de Valladolid, desterrado por sentencia dictada en un proceso incoado a instancias de Santiago Alba, y fijó su residencia en Bilbao.

Al comienzo de la batalla que se desarrolló en el seno del partido socialista entre partidarios y adversarios de la Tercera Internacional, Solís se situó al lado de éstos, pero más tarde se pronunció a favor de la Internacional Comunista, y fue uno de los militantes que en 1921 abandonaron el viejo partido para crear un partido comunista. Asistió al V Congreso de la Tercera Internacional. A poco de regresar a España fue detenido y permaneció en la cárcel de Barcelona unos tres años. En ese largo período de reclusión entró en liza el padre Gafo, avivando el rescoldo nunca extinguido de sus infantiles y juveniles sentimientos religiosos. Por mediación del padre Gafo obtuvo la libertad, pero puso la condición de que también serían libertados los que habían sido hasta entonces sus compañeros y fueron encarcelados con él. Solís se pasó al otro lado de la barricada y comenzó a colaborar en «El Debate». Le dieron un puesto en la Campsa. Según confesión propia, intervino en actividades que precedieron al levantamiento del 18 de Julio. Se reintegró al Ejército en Oviedo al comienzo de la guerra civil; fue capitán del Cuerpo de Asalto, y de ahí no pasó. Ha sido uno de los raros desertores del movimiento comunista que fue siempre justo con sus antiguos compañeros. En sus autobiográficas «Memorias de Oscar Pérez» y en artículos publicados en «El Español» en los años 40 habla con profundo respeto de los hombres a cuyo lado había combatido durante varios años.

Se celebró el consejo de guerra contra Maurín. Fue condenado a reclusión perpetua.

En 1946, dos años después, le fueron aplicados, como a tantos españoles que habían sido condenados, los beneficios de la libertad condicional. Había pasado en la cárcel más de diez años, que venían a sumarse a los tres que en tiempos de la Dictadura había permanecido en la cárcel de Barcelona y en el castillo de Montjuich, y a otras detenciones de poca duración. Se le prohibió residir en Barcelona; en un plazo de cinco días había de salir de la ciudad. Se trasladó a Madrid y se instaló en una modesta pensión de la calle de la Montera.

Permaneció en Madrid varios meses, cerca de un año. El editor José Janés le dio trabajo como traductor de inglés. Con todo, traductor escrupuloso, que no sacrificaba la calidad a la cantidad de trabajo, el producto de sus traducciones sólo le permitía sufragar el coste de la pensión. Aunque era hombre muy sobrio —ni siquiera fumaba—, para hacer



frente a sus pequeños gastos —algún periódico, sellos de correos...— tuvo que ayudarle su familia. Su esposa, su hijo y su cuñado se habían trasladado a Estados Unidos en 1940.

Maurín añoraba profundamente a los suyos, a su esposa y a su hijo, a quien había dejado niño de ocho años y era ya un hombre. Sentía cada vez con más fuerza la necesidad de reunirse con ellos. Si intentaba pasar la frontera clandestinamente y era detenido, volvería a la cárcel. Se preguntó si no sería posible obtener un pasaporte para salir de España. Pérez Solís hizo gestiones cerca de varios ministros, en particular cerca del de Justicia, señor Fernández Cuesta. Empleó un argumento convincente: «Por mucho que haga y diga, Maurín no podrá hacer ni decir más de lo que ya se ha hecho y dicho contra nosotros». Y así fue como Maurín pudo salir de España legalmente, provisto de pasaporte.

No fue el único que lo consiguió. Se ha dicho que Cipriano Rivas Cherif salió de España en las mismas condiciones. Y parece ser que también obtuvo pasaporte y pudo salir legalmente de España José Rodríguez Vega, que había sucedido a Largo Caballero en la secretaría general de la U. G. T. y había sido liberado tras prolongada situación en la prisión de Prolifer, en Madrid, sin llegar a ser juzgado.

No puede, pues, decirse que Maurín reapareciera vivo en Estados Unidos como por arte de encantamiento. Sobre todo, su paso por la cárcel de Barcelona y su estancia en Madrid no fueron un secreto para nadie. No se benefició de ningún indulto; salió de la cárcel en libertad condicional en 1946, cuando no eran ya muchos los condenados a consecuencia de la guerra civil que quedaban en las prisiones, y tras seis años de encarcelamiento; no puede, por tanto, pensarse que se le dio un trato de favor. No parece, en efecto, que se publicase en la prensa de la zona en que fue detenido la noticia de su captura, pero, ¿era habitual cacarear los nombres de las personalidades del otro bando que eran detenidas en ella? En todo caso, después del final de la guerra civil no se hizo, y si hemos sabido que habían sido detenidos Luis Companys, Juan Peiró Ingazagoi-

tia y otros y la suerte que corrieron, no fue precisamente por la prensa o por la radio. Si es cierto que tardó mucho tiempo en ser juzgado, no lo fue menos que tardó en recobrar la libertad. Y aquí pudo intervenir un factor (no lo puedo afirmar ni negar, y al menos hasta que salió de España, tampoco Maurín había podido hacerlo): este factor es la intervención de su familia, que hizo todo lo humanamente posible por salvar su vida. Su esposa, que permaneció todo el tiempo en París, y su cuñado, Boris Souvarine, hicieron múltiples gestiones. Este último, una de las personalidades más relevantes del movimiento comunista hasta 1924, dirigente después, decididamente anticomunista más tarde, colaboraba en 1937 en el periódico conservador «Le Figaro». Sus múltiples relaciones en los círculos políticos e intelectuales le permitieron solicitar la intervención de personalidades francesas que podían hacerse escuchar por el Gobierno del general Franco. ¿Contribuyeron esas gestiones a demorar el consejo de guerra que había de juzgar a Maurín? No lo sé, pero no es imposible. ¿Intervino a favor de él un primo suyo, en 1937 capellán castrense con el grado de teniente coronel y que más tarde, después de la guerra, ocuparía la sede episcopal de Seo de Urgel? Habían convivido bajo el mismo techo durante su infancia; la vida les separó más tarde, cuando uno salió camino del Seminario y el otro hacia la Escuela Normal. El futuro obispo, informado por Juana Maurín de la situación en que se hallaba su primo, fue a Zaragoza y le visitó en la Jefatura de Orden Público, donde se hallaba detenido. No creo que nadie pueda reprochar a la familia de Maurín los esfuerzos que realizó para salvar la vida de éste, gravemente en peligro. Cualquier madre, cualquier esposa habría hecho otro tanto.

Y lo que los suyos hicieron por salvar su vida, no empañó ni puede empañar la vida de Maurín.

En resumen, Maurín sobrevivió, como sobrevivieron otros, porque no hay hecatombe sin supervivientes; los hubo incluso en las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Es triste, pero parece que algunos no lo han perdonado nunca.

He creído que sería demasiado esperar a la publicación de las Memorias de Maurín —que verán o no la luz pública, Bonamusa sabe algo de eso— para que hallen respuesta las preguntas que el autor del artículo que comentamos se formula.

Por ello, me he permitido trazar estas líneas, en las que he tratado, más que de defender la memoria de un viejo compañero y amigo, de servir a la verdad y de aportar algunos datos y dar algunas pistas a los que se sientan tentados de historiar el movimiento obrero español de 1920 a 1939, y de estudiar la figura de un hombre que ocupó en Cataluña un lugar de singular relieve. ■ L. P.

## El libro de bolsillo Alianza Editorial

Hans Christian Andersen  
\*482

La sombra y otros cuentos  
Prólogo de Ana Maria Matute

Lewis Carroll  
276

Alicia en el país de las maravillas  
\*455  
Alicia a través del espejo

Carlo Collodi  
\*383

Las aventuras de Pinocho  
Prólogo de Rafael Sánchez Ferlosio

Antoine de Saint-Exupéry  
348  
El principito

Isaac Asimov  
366

Estoy en Puertomarte sin Hilda

H. P. Lovecraft  
y otros  
\*194

Los mitos de Cthulhu  
306

Viajes al otro mundo

\*368

Los mejores cuentos policiales  
Selección de A. Bioy Casares y J. L. Borges